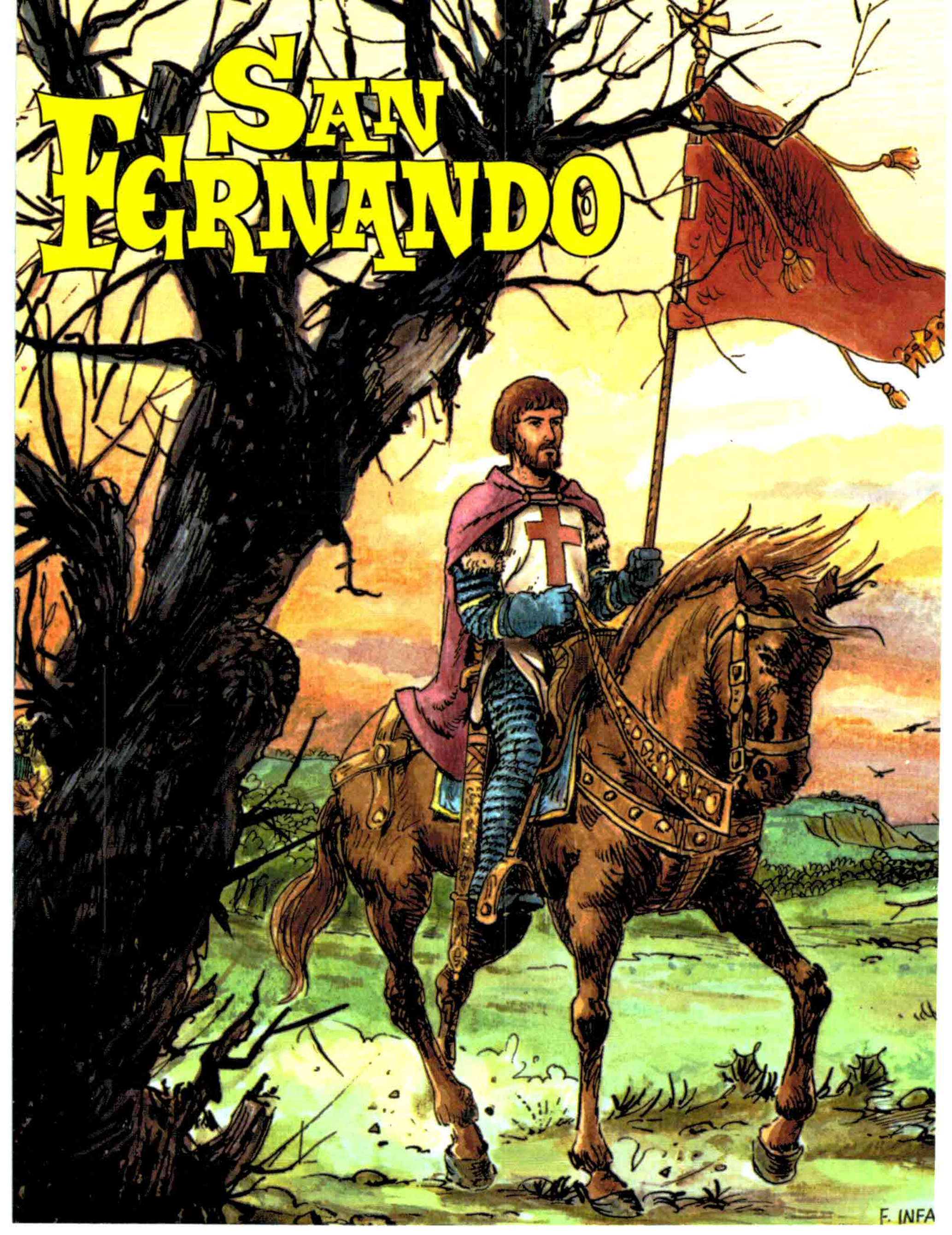

SAN FERNANDO
F. INFA

SAN FERNANDO

ANDRES CODESAL MARTIN

D.L.: M-28.641-1987 • I.S.B.N.: 84-7.770-040-0
Imprime Gráficas FUTURA, Sdad. Coop. Ltda. Villafranca del Bierzo, 21-23

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

El Príncipe San Fernando

El monarca más grande que ha tenido España, y que más gloria ha dado a Dios en nuestra nación, fue el virtuoso rey San Fernando. Era el siglo XIII, cuando muchos gloriosos varones, en otros campos, acometían la gran empresa de la consolidación de la fe.

Porque mientras San Fernando conquistaba para el reino de Cristo muchas provincias de España, y principalmente de Andalucía, Santo Domingo de Guzmán, San Raimundo de Peñafort, San Pedro Nolasco, San Ramón Nonato, San Francisco de Asís, San Antonio de Padua, San Buenaventura, Santo Tomás, etc., por medio de sus escritos, la predicación y el ejemplo, consolidaban la fe entre los cristianos y conseguían óptimos frutos de fervor y de almas consagradas a Dios.

Fue San Fernando hijo de Alfonso IX, rey de León, y de Doña Berenguela, reina de Castilla, y primo de San Luis, rey de Francia. Su juventud la pasó entre los esplendores de la corte leonesa, recibiendo una esmerada educación de su madre, hasta que la reina tuvo que marchar a Burgos, donde acudía el Santo con frecuencia a recibir sus consejos y bendición.

F. INFANTE

Coronación de San Fernando

A la muerte del rey de Castilla, Doña Berenguela fue proclamada reina, renunciando después en favor de su hijo Fernando, que fue proclamado rey en las Cortes de Valladolid.

El padre de San Fernando no era bueno y quiso quitarle el reino; pero el Santo no quiso luchar contra su padre, y acudiendo a la oración pidió con muchas lágrimas a la Santísima Virgen le hiciese comprender lo que debería hacer. La Virgen le inspira y escribe a su padre:

«Mi señor padre, rey de León, Don Alfonso mi señor: ¿Qué saña es ésta que contra mí tomáis? ¿Por qué tratáis de hacerme un mal que yo no he merecido? Bien se ve que no me queréis bien, pues cuando debiérais estar muy contento por tener un hijo rey de Castilla, que es vuestra misma honra y os da la seguridad de que de aquí no recibiréis ningún mal, vos tratáis de hacerme guerra. Podéis estar seguro que yo no consintiera a ningún rey del mundo lo que vos me hacéis; pero si he de ser valiente contra todos los reyes de la tierra, no lo seré nunca contra mi padre y señor.»

F. INFANTE

San Fernando se casa con una princesa alemana

Se casó San Fernando con una princesa alemana llamada Beatriz de Suavia, que era una hermosa joven, muy virtuosa.

Fue digna de ver la lucida comitiva que acompañó a la joven reina desde sus tierras germanas hasta Castilla.

A su paso por París, el rey de Francia le preparó un gran recibimiento, celebrándose lucidos festejos y obsequiándola con ricos presentes.

Al llegar a la frontera española, la esperaba Doña Berenguela, madre del rey, acompañada de toda la nobleza castellana, para dar la bienvenida a Beatriz.

Se vieron en la frontera de Vizcaya, y después de las presentaciones y parabienes, todos los presentes quedaron impresionados y se hacían lenguas de la belleza y discreción de la joven alemana.

Desde allí, la comitiva se dirigió a Burgos, donde le esperaba el regio novio, y en cuya ciudad se celebraron las bodas, presididas por el obispo Don Mauricio.

F. INFANTE 4

San Fernando, Rey de Castilla y León

A la muerte de su padre, pasó San Fernando a tomar posesión del reino de León, y aunque el rey lo había desheredado, se le quería tanto en aquel reino, por su gallardía y su valor, que no le fue difícil conquistarlo.

Unidos en un solo reino Castilla y León, San Fernando pensó en la reconquista de nuevas provincias a los moros para el reino de Cristo.

San Fernando solamente quería ser rey para hacer reinar a Jesucristo, Rey de reyes, y hacer felices a sus vasallos. Era muy amigo de la paz; pero cuando se trataba de la gloria de Dios se lanzaba sin miedo a ordenar el ejército y conducirlo valeroso en el campo de batalla.

«Tú, Señor —decía—, sabes que no busco mi gloria sino la tuya, y que no deseo tanto el aumento de mis reinos, cuanto el aumento de la fe católica y la religión cristiana.»

No faltan personas a las que les parece que la mayor virtud de un rey ha de ser mantener la paz; pero hay una paz que es mil veces peor que la guerra, y es aquélla en que por no hacer la guerra se deja perder la religión.

F. INFANTE

Celo apostólico de San Fernando

Jesucristo dijo: «Es inevitable que haya escándalos, pero ¡ay de aquél que los provoque! Mejor le fuera que le amarrasen al cuello una gran piedra de molino y lo arrojasen al fondo del mar».

Evitar que se cometan escándalos ha de ser la primera obligación de un rey. Si hemos de tener en cuenta que la vida de la gracia de una sola alma es de mayor precio y vale más que la vida corporal de todos los hombres del mundo, comprenderemos por qué los santos no vacilaron en ir a la guerra para defender la religión. Si leemos la Biblia veremos cómo, en el Antiguo Testamento, mandaba Dios muchas veces ir a la guerra; y en la Historia de la Iglesia tenemos las bulas de los Papas ayudando a las Cruzadas. No hacían los santos las guerras por capricho, sino porque sabían que el salvar a una sola alma de la muerte del pecado, es infinitamente más importante que el evitar todas las muertes y desastres de la guerra.

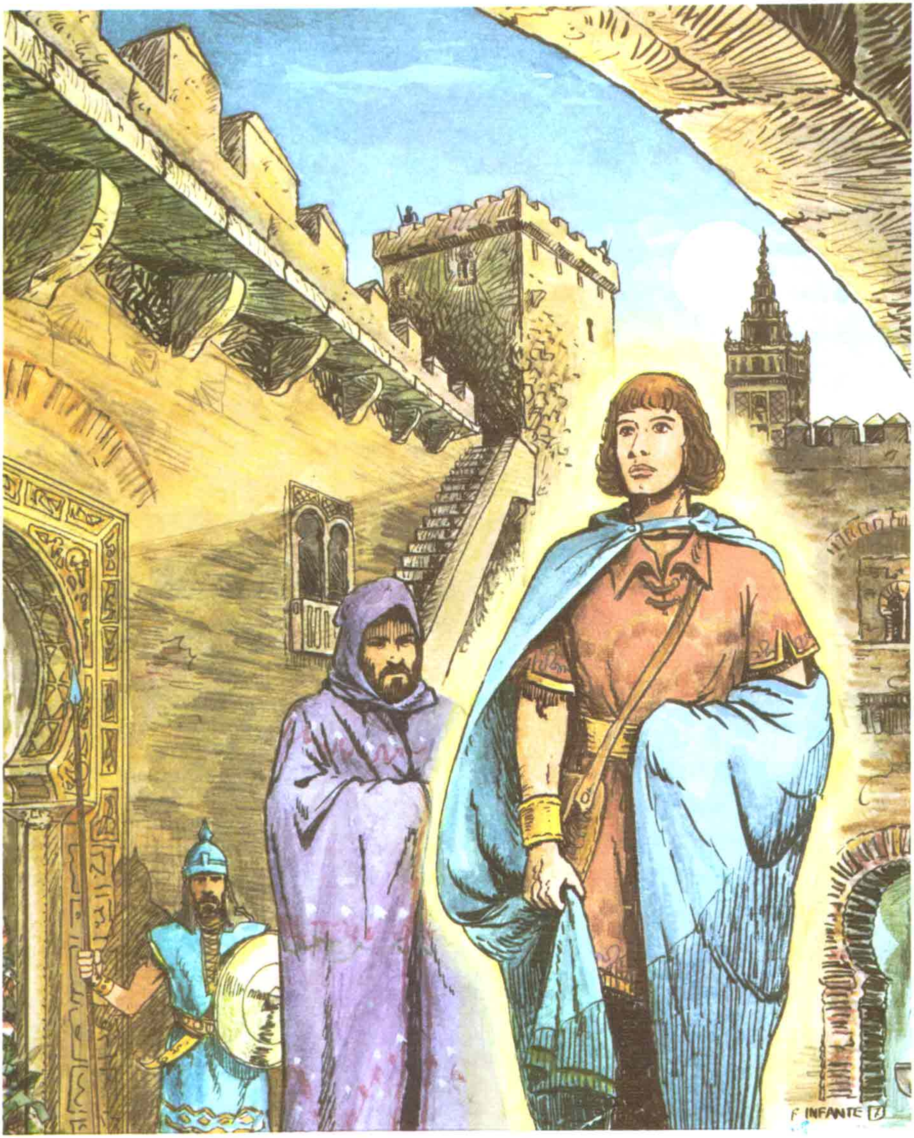
F INFANTE

Su continua obsesión

La obsesión continua, la idea fija de aquella vida heroica al servicio de Cristo —dice el P. J. Pérez de Urbel—, era la restauración de España, el retorno de Andalucía a la civilización cristiana.

Veinticinco años tenía cuando se acercó por primera vez a orillas del Guadalquivir, seguido del cortejo brillante de sus caballeros, inaugurando aquella gesta gloriosa de treinta años, que sólo la muerte pudo interrumpir.

La victoria vuela sobre su yelmo de oro. Ni un tropiezo en su camino, ni una tentativa inútil, ni un solo descalabro. Batallas campales, asaltos de plazas, largos asedios, castillos arrasados. Castilla se ensancha sin cesar; los pequeños reinos andaluces desaparecen; caen Baeza, Córdoba, Jaén, Murcia, y toda la Bética meridional. Tiene, sobre todo, tres grandes virtudes bélicas: la rapidez, la prudencia y la perseverancia. Cuando los enemigos le creen a orillas del Duero, aparece ante los muros de Córdoba. Sabe prolongar los asedios para economizar la sangre. Cerca de un año acampa delante de Jaén.


F. INFANTE

Misteriosa aparición

Estando un día el Rey postrado ante la Virgen de los Reyes en la capilla del campamento, pidiendo por el triunfo sobre Sevilla para gloria y expansión de la fe, oyó de labios de la imagen estas palabras: «En mi imagen de la Antigua, en quien tanto confías, encontrarás protección».

Confiando en las palabras de la Virgen, y movido de un superior impulso, se encaminó hacia la Puerta de Córdoba donde se encontró con un misterioso muchacho de hermosísimo semblante que caminaba delante de él, haciéndole señas para que lo siguiese.

Atravesó con el improvisado guía las principales calles de la ciudad sin que nadie lo advirtiera, hasta que llegó a la mezquita mayor donde estaba la devotísima imagen. Al llegar, las puertas se abrieron solas, San Fernando entró, y, lleno de emoción y asombro, se arrodilló a los pies de la imagen, dándole gracias por los beneficios recibidos y por los favores que por su intercesión pensaba obtener. Después regresó acompañado de su guía sin que nadie lo reconociera.

F. INFANTE

Se descubre el misterio

Mientras tanto, al haber notado que no estaba el Rey en el campamento, sospecharon que hubiera sido secuestrado y lo pudieran tener preso en la ciudad.

Entonces, los más leales, temerosos de que le hubiera pasado algo, decidieron la entrada en la capital. Sin pensarlo más, avanzaron hacia los muros; pero los centinelas enemigos se aprestaron reciamente a la defensa.

Fracasado el ataque, regresaron los caballeros al campamento y encontraron entonces a su Rey sentado en su tienda, esperándoles.

Los nobles contaron su intento de asaltar la barrera de centinelas enemigos, y don Fernando les dijo: «Es verdad que me ha llevado secreta inteligencia a Sevilla, pero el trato no ha sido con los hombres, sino con María Santísima, Madre de Dios».

Desde aquella hora, empezaron los caballeros a darse parabienes por la segura victoria.

F. INFANTE

Victoria triunfal en Sevilla

Llegó el día, por fin, en que Sevilla se rinde al gran conquistador. Recibe San Fernando las llaves de la ciudad en señal de la victoria; pero él quiere que esta conquista sea atribuida por completo a la Santísima Virgen y así manda que se le rindan a Ella los honores de Capitana y Reina de sus ejércitos.

Da órdenes el Santo para que se disponga una carroza de plata tirada por seis blancos caballos, adornada de joyas y tapices, donde mandó colocar a la Virgen de los Reyes.

Se preparó una brillante procesión en la que iban delante los capitanes y gente lucida del ejército, marchando al son de trompetas y clarines, en forma militar. A éstos seguían los maestros de las Ordenes Militares, ricos hombres de Castilla y León, y muchos nobles y caballeros de Aragón, algunos religiosos, el clero y los obispos. Luego, la venerable imagen en su carro triunfal, algo detrás el Santo Rey acompañado de sus hijos y, por último, el pueblo. De esta manera entró la Sagrada Virgen de los Reyes en lo que hasta entonces había sido mezquita, que desde aquel momento quedó convertida en catedral.

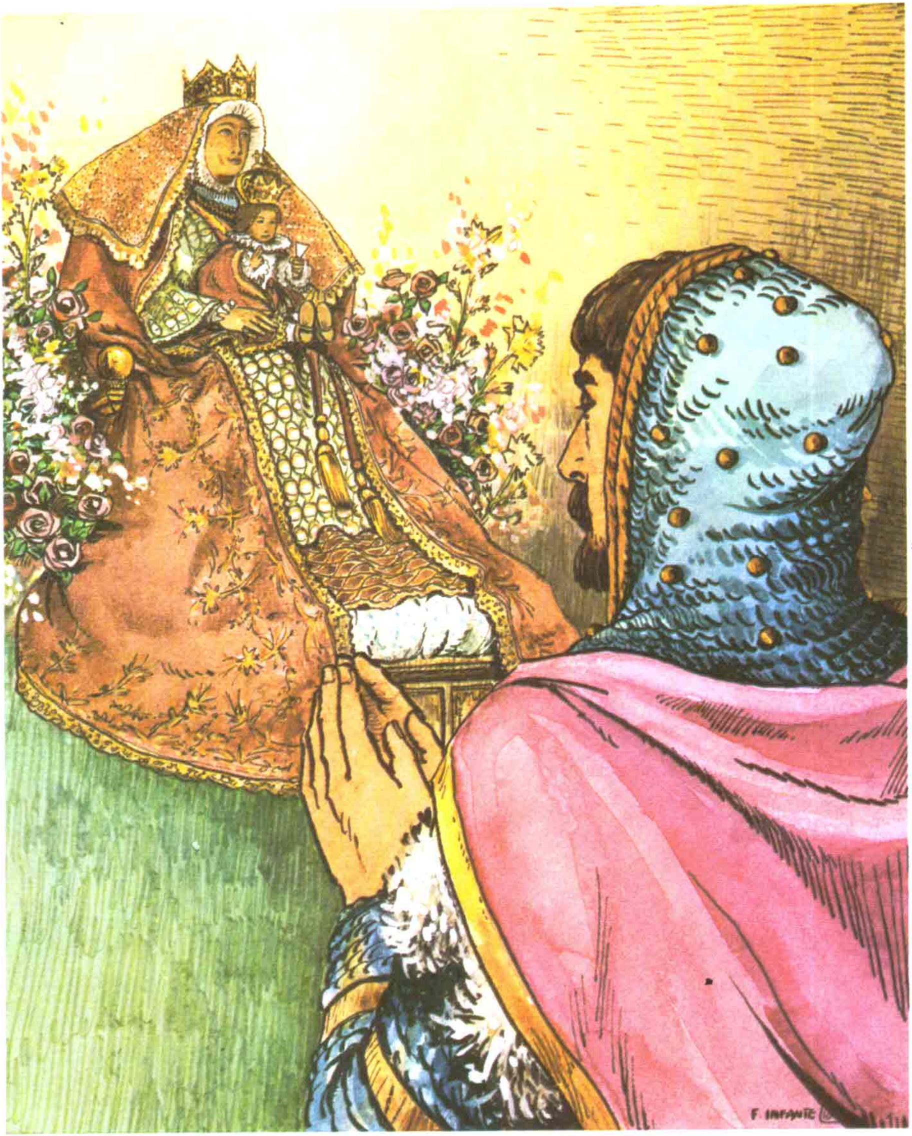
Hombre de grandes ideales

Los tres grandes amores de San Fernando: Amor a la patria, amor a Dios y amor a la Santísima Virgen.

San Fernando amaba a España más que la ha amado nunca ningún rey; y por eso, pudiendo haber vivido tranquilamente en León y en Castilla, disfrutando de todas las comodidades y riquezas de la Corte, prefirió combatir, exponiéndose a morir cada día en los campos de batalla, para librar a nuestra nación de los más grandes enemigos que tenía entonces nuestra religión.

No luchaba San Fernando solamente con armas, sino también con austeras penitencias y largas oraciones para conseguir la ayuda de Dios y del Apóstol Santiago, de quien él mismo aseguraba que recibió singular ayuda e innumerables favores.

Cuenta la leyenda que en las más duras batallas contra los moros, le vieron cabalgando un brioso caballo blanco, que como el relámpago aparecía y desaparecía en los sitios más difíciles, dando ánimo a los guerreros, que al grito de «¡Santiago, y cierra España!» aterrorizaba al enemigo y aseguraba la victoria de los cristianos. San Fernando se llamaba a sí mismo: «Siervo de Santa María y alférez del Apóstol Santiago».


F. INFANTE

Amor a Dios, Eucaristía y devoción a la Virgen

Entre sus grandes devociones ocupaban un lugar preferente la Eucaristía y la Madre de Dios, cuyo amor había iluminado toda su vida, desde la infancia. El cantó a la Virgen y le dedicó algunas cantigas, él se proclamó siervo de Santa María, llevando su imagen marfileña en el arzón de la cabalgadura; él rezaba en campaña el Oficio Parvo Mariano, precedente medieval del Rosario; él, en fin, introdujo victoriosa en Sevilla, para que se venerase en la nueva catedral, a la que había de ser su patrona, la Virgen de los Reyes, y regaló a Andalucía, cual gloriosa herencia, la devoción mariana. ¿Cómo una vida tan sencillamente santa no iba a dejar profunda y admirada huella en el corazón de todos los historiadores? ¿Cómo no habría de granjearse la simpatía, incluso de sus propios enemigos, hasta el punto de conseguir que algunos príncipes y reyes moros abrazasen con su ejemplo la fe cristiana? Y esta tarea del Santo Rey, que mirada en su conjunto sobrecoge, ¿no es quizá, como sugiere un escritor contemporáneo, «una de las formas de martirio más gratas a los ojos de Dios»?

Tránsito feliz del Santo Rey

Después de la conquista de Sevilla y otras ciudades andaluzas, quiso el Santo pasar a Africa y seguir allí ganando tierras para Cristo. Tanto deseaba que su amado Señor fuera conocido y amado en todo el universo, que si mil años hubiera vivido, mil años hubiera dedicado a conquistar el mundo para El. Pero Dios, que no nos pide más que nuestra buena voluntad cuando no podemos otra cosa, se contentó con los buenos deseos del Santo y se lo llevó al Cielo, donde es ahora feliz, y lo será siempre con aquella gloria incomparable que excede a todo humano conocimiento, y que él tanto trabajó para que nadie la perdiera.

Sus restos yacen en una gran urna de plata, a los pies de su amada Señora y Reina, la Virgen de los Reyes.

San Fernando, patrón de Sevilla, preside desde su mausoleo la devoción mariana del pueblo sevillano, que ama a su patrona, la Virgen de los Reyes, y se congrega a sus pies todos los sábados cantando sus grandezas y renovándole una sincera y filial consagración.

9 788477 700401